

Nacida en 1952, de origen senegalés, es periodista. Su primera obra (*Gens de sable*) ha sido calificada de novela autobiográfica. En ella, como en el ensayo que publica en 1987 (*La Coquetterie ou la passion du détail*), demuestra su interés por la vida cotidiana en Senegal desde un ángulo estético y siempre a partir de sus vivencias personales. En 1998 publicó su novela *La vie à deux*.

¿QUÉ PERMANECE EN LA MEMORIA
DE LOS HOMBRES?

Día de fiesta.

Sentados en círculo en el porche, después de la siesta, esperamos a mi abuela, que viene de “tierra adentro”¹ y está al llegar. Mi tío Talla y yo estamos leyendo, mi padre dormita, mi hermano le cuenta chistes a mi prima, que se ríe con coquetería, mi tío abuelo desgrana su rosario con un gesto elegante y casi obsesivo.

Un agradable olor a jabón y a colonia viaja con la brisa del atardecer. Me encanta la higiene de los pueblos tropicales: lavarse hasta desgastarse la piel, hasta dejarla reluciente en un constante esfuerzo de limpieza.

Por encima de las gafas veo tres cabezas: la de mi tío, la de mi tío abuelo y la de mi padre, que están enfrente. Tres esbozos del mismo modelo inmaterial: un modelo que, generación tras generación, produce “imágenes móviles” pero fieles a pesar de todo, independientemente de las alianzas, independientemente de la expe-

¹ “Tierra adentro” señala todo lo que no es Dakar, incluso las ciudades costeras.

riencia. Estos tres individuos llevan tres signos, tres marcas fundamentales. La primera son las dos entradas en la frente, en el nacimiento del pelo, dos movimientos hacia atrás, encima de las sienes, que hacen que el cráneo se asemeje al mapa de un golfo dibujado con todo detalle. Otra, la inmensidad de los ojos, separados exactamente por el tamaño de otro ojo, ojos miopes y mirada ardiente —una mirada insistente y distraída, a la que no le importa incomoda—. Finalmente, la sonrisa que ilumina e irradia con regularidad estos rostros tan tristes descubriendo dos incisivos muy separados. Quizá estos individuos también se parezcan —se puedan relacionar— por otros rasgos muy marcados que sirven desde siempre para alimentar la leyenda familiar: en mi familia se busca ansiosamente el mapa del pelo en la frente de los recién nacidos, y siempre se termina proyectándolo en las suaves pelusas del cráneo, imprimiéndolo ahí y convenciendo a todos para que lo vean. Así, con toda tranquilidad, se ejerce en mi familia el mayor terrorismo sobre todos los que no descienden directamente de la familia; casi nunca hay rechazo, pero sí una asimilación voraz. Todo empieza por una lectura atenta de los signos de pertenencia: el mapa del pelo crespo, el lunar debajo del dedo gordo del pie izquierdo que se transmite sin falta; el resto sólo son detalles, producto azaroso de la genética. Aquí todos los niños tienen dos entradas en las sienes y un lunar oculto bajo la planta de los pies. Nada se pierde, nada se crea; N'Diaye, N'Diaye Ndiata,

las niñas podrán perder el apellido, ya llevan el sello familiar; los niños podrán mariposear, pero no se olvidarán de su deberes hacia los suyos. La especie perdura, se mantiene a pesar de las vicisitudes del tiempo, de los encuentros. El juego erótico favorito de mi primito es venir a enseñarme la cara interna de su dedo gordo, con los dedos muy abiertos, y un inmenso orgullo en los ojos. Nos educan en la idea de preservar esta pertenencia fundamental.

Las cinco. La luz del día empieza a disminuir. A esta hora la fuerte luz se va atenuando. Se vuelve rasante, y se tiene la impresión de que son los objetos mismos los que irradian luz. Una luz nítida, pero tenue.

Por la pequeña puerta del garaje llega un hombre vestido con lujosas telas oscuras, para la fiesta. Lleva gafas de sol americanas y se ha afeitado la cabeza; un hombre desgarrado, muy delgado, con un andar ligero, parecido a muchos de por aquí. Es el griot, dicen. Nunca lo había visto, pero hoy su visita no resulta sorprendente.

Supongo que durante los saludos y las congratulaciones mi padre nos señala a mi hermano y a mí. Me mira con más detenimiento que a mi hermano menor. Pero esa mirada no me engaña. Ese particular interés no es más que una manifestación del reflejo endogámico hacia las hijas (Sabinas encerradas y entregadas con mucho celo —y eso en el mundo entero—).

Empieza el relato genealógico.

Escucho la voz hechicera que sube y baja con ritmo auténticamente matemático. Los periodos, la cadencia, suscitan un velo de vibraciones —literalmente un cascarón sonoro— alrededor del grupo que escucha. Para mí, es la magia de un idioma que apenas entiendo (magia aumentada por el hecho de que, en ese idioma, se habla de los míos). Además, el acento tónico provoca una percepción fonética confusa (acompañada de imprecisiones auditivas) que no hace sino aumentar el misterio de lo que no entiendo, misterio que aumenta, que se “hincha” en la significación que le otorgo. Siempre he constatado este hecho: mientras menos entiendo, más escucho. Al principio es una pura música de palabras que produce un efecto de encantamiento; pero creo que el hechizo brota porque una voz portadora de un sentido que no resulta inteligible nos hace realmente entender lo humano. Paradójicamente, al ser el lenguaje algo propio de los humanos, cuando no entendemos un idioma captamos lo humano. En ese momento, aunque no podamos decir “qué es el hombre”, tenemos la aguda intuición de su esencia, en la opacidad total del idioma.

El griot cuenta y sigue contando. El tiempo de la palabra ha borrado el tiempo. Posiblemente vaya por la rama materna de la familia, porque el apellido “Diop” vuelve como un compás, como un leitmotiv, precedido por nombres poéticos: Lalla, Soukayna, Awa... También oigo

Cathy² —¿será la tía abuela de quien me viene el nombre?—.

Sigo escuchando, pero me dejo arrastrar por una ensoñación meditativa. ¿Qué es lo que se graba en la memoria de los hombres? No todos guardan las mismas cosas, evidentemente. La memoria genealógica que se manifiesta ahora mismo, que se deshilvana, me interesa sobremanera, ya que siempre me han hablado de “tradicción oral” de manera general, esquemática y, no me cabe duda, equivocada.

¿De qué sirve establecer una filiación?

Debe ser posible establecer una lista que enumere múltiples explicaciones con pretensiones psicológicas: formar al individuo, orientar al sujeto hacia lo que la comunidad espera de él, etc.

Pero fundamentalmente la memoria de la filiación traduce (traiciona) la voluntad obsesiva de remontar hacia los orígenes, en el punto ciego en el que empieza la organización surgida del caos.

En la genealogía, los eslabones que unen a las generaciones entre sí (con líneas verticales y horizontales³), se remontan —se enumeran— para unir al individuo contemporáneo a su origen primero. Así se preserva a la familia del desorden, pese a su crecimiento; e incluso, mientras más crece, más se ordena y más se estructura.

² Incluso en las familias más estrictamente musulmanas se dan nombres cristianos, otro tipo de sincretismo que deriva de una tradición muy arraigada: el apadrinamiento.

³ A menudo se dan matrimonios co-laterales por numerosas razones socio-económicas.

Creo que hay dos maneras de organizar la historia, una es genealógica, la otra es “arqueológica”. No preservan las mismas cosas. Al fijar de manera arbitraria un origen absoluto, la genealogía se sale del tiempo. En cuanto a la arqueología (occidental), representa el interés, la curiosidad por el pasado como tal, el zambullirse en la temporalidad. Si la historia arqueológica determina estratos (épocas, periodos), la genealogía los atraviesa al mismo tiempo que los utiliza como puntos de apoyo.

La historia occidental es arqueológica porque necesita archivos, documentos, vestigios. Empieza con la pasión por la Antigüedad, pasión que ya tenían los griegos; es una “ciencia de anticuario”.

Y cuando la mentalidad genealógica incluye la conservación de reliquias y la consagración de lugares de culto, es una introducción de lo Sagrado en el linaje que no tiene nada que ver con el afán de pruebas materiales. La reliquia no es el archivo, el objeto de culto no es el vestigio.

No creo que la arqueología occidental esté más cerca de la verdad porque se articule y se construya alrededor de huellas materiales. Esto supondría también que la genealogía fuese legendaria —o sea, mentirosa— porque es un lenguaje doble (basado en la tradición oral)⁴.

⁴ Y si Occidente tiene la “memoria de las huellas” no es porque sea la civilización de la escritura-huella por antonomasia; el Islam, que también es civilización de escritura, ha conservado la mentalidad genealógica paralelamente a la otra historia, la de las pruebas (los descendientes del Profeta...).

Arqueología y genealogía ni conservan ni eliminan los mismos restos. La arqueología llena los vacíos con hipótesis —extrapolaciones contradictorias entre sí—; la genealogía deja a un lado lo que está en desacuerdo con la “moraleja de la historia”, esbozando frescos donde no caben sombras.

En ambos casos (genealogía y arqueología), se trata de separar el mundo de la confusión de los acontecimientos puramente contingentes, imprevisibles o sin sentido, en su sucesión, en su desarrollo. La organización de los archivos no resulta menos ficticia que la organización genealógica.

Si la arqueología es una manera de conjurar el tiempo, la genealogía es otra manera de hacerlo. Cualquier historia es un esfuerzo por dominar el tiempo (o bien saliéndose de él, o bien hurgando en él).

Pero creo que en la mentalidad genealógica no debe haber terror metafísico ante lo finito, ni angustia existencial ante la muerte. Sólidamente amarrado al resto del linaje, el individuo no puede conocer ese temor; es la contrapartida positiva de las obligaciones que a cambio soporta.

Con esta idea sosegadora terminan mi ensoñación y mi reflexión. Es evidente que mi manera de contarla no es fiel (realista) —este sueño despierto no ha tenido la forma de una disertación lógica, sino de un vaticinio inconexo—. No puedo restituir esa divagación, pero estoy segura de que en ella se encontraba lo esencial de lo que aquí digo.

Mi abuela ha llegado hace como media hora; he entrevisto la imagen de su inenarrable coche que, como una visión, ha surgido bajo la casuarina, y he oído a Moussa que echaba pestes mientras descargaba el equipaje y las provisiones. En cada viaje Moussa se topa con el irracionalismo de Mam' Naffy, que trae kilos de provisiones a la capital; montones de productos que han hecho primero el viaje en sentido contrario —desde la capital hacia el “interior”...—

Me reuniré con ella en la terraza para saber por qué razón ha sido tan discreta.

Catherine N'Diaye, “Qu'est-ce qui s'inscrit dans la mémoire des hommes?”, *Gens de sable*, Paris, POL, 1984, 89-96.